



Los viajes de Ulises

Gabriel Jaime Alzate





Cuando emprende el viaje
Ulises se entrena en el olvido
y cada mañana lanza una saeta
que va directa a sus mejores recuerdos.
Lo que no sabe es que la saeta regresa a él
en forma de nostalgia.



Alguna vez conoció a un hombre que cargaba
en el hombro un camaleón.
Se dijo: nada mejor que esto
para representar lo que somos.
Si no hay cómo dar la cara a la propia
vergüenza
mejor que el animal hable por nosotros
hasta que un día
sea él nuestro rostro y nosotros su cuerpo.



Y mientras dura el viaje,
evita mirarse en los espejos
inventa historias
miente a todos
cambia de nombre.
Hay noches en las que el rostro de una mujer
Suele ser el comienzo del desvarío
el hartazgo del amor
y una reiteración de sus pasos cansados.



Nada tan transparente
como el agua en alta mar
salvo quizá un corazón
sumido en la incertidumbre.



Alguna tarde
descubrió el encanto de las frutas ácidas
que marinan en sus labios
las mujeres jóvenes.
Supo que el hechizo provenía
de la edad de los besos:
y que ellas, tan pronto abren la boca
quieren devorar al universo.
Aunque a veces hacen pausas y respetan el
tiempo:
algo les dice que es mejor amar a un
hombre que a un cadáver.



En las noches de insomnio
el viajero entiendo
que no es más que la silueta de un hombre
la sombra
que alguien dejó al cruzar un umbral de
miedo antes de hundirse en el sueño.

